

# Vivir la aventura de la diversidad del mundo

Fernando Cordobés

**FERNANDO CORDOBÉS CONTINÚA SU EXPLORACIÓN DEL MUNDO CULTURAL DE LAS ANTILLAS AL COMENTAR LAS OBRAS DE PATRICK CHAMOISEAU, UN UNIVERSO CULTURAL REGIDO POR EL SIGNO DEL MESTIZAJE.**

Para tener una idea algo más precisa sobre lo que significó la esclavitud en las Antillas, su herencia en las sociedades actuales, y la forma en cómo marcó la psicología de sus habitantes, basta con acercarse por el museo situado en el castillo de los Duques de Bretaña, en la ciudad francesa de Nantes. Durante casi 200 años, la ciudad fue el epicentro del llamado comercio triangular. Un tráfico que expoliaba mano de obra en el continente africano, la enviaba a las muy rentables plantaciones del Caribe, y recibía como contrapartida de las colonias, productos que garantizaban el florecimiento de los negocios y la riqueza de los comerciantes esclavistas de la época. En el museo se exponen libros de contabilidad en los que se apuntan con minuciosa frialdad, el número de esclavos transportados en un barco determinado, la cantidad de hombres mujeres y niños, su estado físico general y el importe de las transacciones. Al tiempo se exponen también maquetas de los buques negreros que sólo dan una idea aproximada de lo que debió ser el tránsito a través del Atlántico desde sus lugares de origen. Y todo eso no era más que el comienzo de la pesadilla. Un comercio ominoso, el del esclavismo, que en Europa ha dejado poca huella, pero no así en el Caribe. En todos los rincones de ese mar tantas veces idealizado, es inevitable encontrar rastros de la esclavitud por todas partes. La literatura, al menos, está plagada

de ellos, el discurso de la gente, incluso la memoria de los ancianos que recuerdan parentescos sometidos a sus amos. El periodista polaco Ryszard Kapucynski decía en su libro *Ébano*, que la esclavitud provocó daños irreparables y permanentes en África, en su gente y en los descendientes de lo que él consideraba como el gran crimen de la humanidad. Se privó al continente de la fuerza humana que podría haberlo transformado; se le condenó a un subdesarrollo más atroz y perenne y esa dominación total generó, además, una percepción psicológica en la población negra de inferioridad respecto al blanco.

A pesar de varios intentos por solventar esta herencia, de crear una especie de panafricanismo que fuera más allá de las fronteras naturales del continente, de iniciativas que pretenden reivindicar una identidad común, una espiritualidad compartida, como fue el primer festival de ritos vudú, celebrado en la ciudad de Ouidah, en Benin, lo cierto es que todavía hoy una sensación de pérdida y de búsqueda de un lugar en el mundo, sigue planeando sobre la vida cotidiana de las Antillas y sobre muchos de los temas de su literatura.

El esclavismo no es, quizás, el asunto principal de las preocupaciones de los escritores caribeños. Mal o bien el aquello se liquidó hace tiempo. Pero esa génesis de las sociedades actuales antillanas, sigue siendo una parte esencial del sustrato de las creaciones literarias. Está tan adherido a la piel que aflora aquí y allá bajo formas diversas. Es el caso de la obra del autor martiniqués Patrick Chamoiseau, quien obtuvo en el año 92 el Premio Goncourt por su novela *Texaco*. Aunque en su discurso hay algo más: como él mismo reconoce es un escritor con un proyecto político, una voz desacomodada de la *intelligentsia* de la metrópoli que lanza ideas a un tiempo estimulantes y molestas. Cuando se publicó *Texaco*, Derek Walcott, premio Nobel de Santa Lucía, una pequeña isla a tan sólo 30 km de distancia de Martinica, la calificó como una obra maestra lo cual, sin duda, fue una ayuda definitiva para su éxito y prestigio. De hecho, Derek Walcott, amigo del propio Chamoiseau, comparte muchas de sus percepciones sobre la realidad antillana, y también su lengua criolla en la que son capaces de entenderse, no como sucede en el caso de sus respectivas lenguas oficiales, herencia de los colonos blancos antiguos dueños de almas y haciendas.

*Texaco* cuenta la historia de un suburbio de Fort de France, en Martinica. Para mejorar las míseras condiciones de vida de sus habitantes debe ser destruido de manera urgente y expeditiva con el fin de eliminar así la inhabitabilidad e insalubridad de la bidonville, que afea además las vistas a los turistas llegados a este pequeño paraíso francés del mar Caribe. Para estudiar el terreno un técnico es enviado a la zona y recibido allí a pedradas por la población local, salvo por Marie-Sophie Laborieux, la mujer más anciana del lugar. A través de ella el técnico irá descubriendo todo lo que no se ve tras la fachada de ese microcosmos, y será ella quien le abra los ojos a la realidad del lugar. A través del relato de las vidas de los antepasados, y aunque en algún momento pueda parecer una novela histórica, Chamoiseau escribe una novela sobre los hombres y las mujeres que una vez fueron esclavizados en África y mandados a América, y como debieron y supieron amoldarse a un tiempo nuevo y una nueva realidad. Sobre ellos trata esa historia: de cómo se ayudaron, como se relacionaron, como supieron encajar los golpes del destino y levantarse a pesar de todo. La novela explica como entrelazaron y tejieron una sociedad propia donde las cosas son diferentes al resto de la ciudad, con una suerte de equilibrio creado con ayudas, defensas cariñoso o respeto. Es la crónica de esa gente, contada por los ojos de Marie-Sophie. El técnico que llega a *Texaco* con su visión racional y su mentalidad cartesiana, cambia según transcurre la acción la novela y entra en una nueva dimensión de las cosas más compleja, más rica y diversa, casi imposible de atrapar con las estrechas miras de una lógica que poco tiene que ver con lo que sucede en el barrio.

Una de las virtudes de *Texaco* es que refleja la realidad de miles de bidonvilles a lo largo y ancho del mundo. A través de sus páginas se ven reflejadas grandes urbes como Kinshasa, Bamako, Calcuta, El Cairo o Casablanca, por citar sólo algunas. Ciudades dentro de ciudades donde los habitantes se aferran a ellas «a través de miles de formas de supervivencia», como se dice en la novela, y se niegan obstinadamente a ceder. En estos microcosmos todo rastro de economía formal desapareció en algún momento. La pregunta es: ¿cómo hacen estos millones de personas para sobrevivir a una vida incoherente y miserable? La respuesta podría ser que estas

aglomeraciones son ciudades muertas, pero no ciudades de muertos. El sector informal del que dependen todas esas vidas no es un *deus ex machina*, sino un desierto sin alma al tiempo que una economía de resistencia que confiere cierta dignidad a los pobres, mientras que la lógica del mercado sólo conduce a la desesperanza absoluta. La siguiente pregunta podría ser: por qué Patrick Chamoiseau, un abogado educado en la universidad de Martinica y en Francia eligió este tema y este entorno para su novela. La respuesta la da él mismo: «durante 15 años he trabajado con jóvenes delincuentes, yendo con ellos a los tribunales, intentando mejorar en lo posible sus vidas. Puede que suene terrible pero la comprensión de las experiencias de esta gente, de sus vidas me ha ayudado mucho como escritor y me ha permitido observar y conocer aspectos de la vida que de otra forma nunca habría encontrado.»

Patrick Chamoiseau nació el 3 de diciembre de 1953 en Fort-de-France. Tras finalizar sus estudios de derecho y economía social en Francia, se convirtió en trabajador social, primero en la metrópoli y más tarde en su isla natal. Desde el primer momento se interesó por la etnografía y por formas culturales en trance de desaparición en su isla natal. Gracias a este interés descubrió el dinamismo de su lengua materna, el criollo, lengua que tuvo que abandonar en el momento de comenzar sus estudios primarios. En este sentido Chamoiseau siempre ha declarado y se ha quejado de que la Martinica está aislada del resto del Caribe. La existencia de diversas formas de colonialismo en la región a lo largo de la historia, ha fragmentado los distintos territorios en una especie de burbujas lingüísticas que han dado lugar a distintas formas de aislamiento cultural. El resultado es que las diferentes partes del Caribe no pueden comunicarse entre ellas con facilidad, dándose además la paradoja de que en lengua criolla sí existe esa posibilidad, al menos en casos como el de Martinica y Santa Lucía. Quizás por eso, por conocer y compartir el mismo sustrato social histórico y lingüístico criollo, Derek Walcott siente tan próxima a una novela y a un autor que transitan por la misma línea que alguna de sus obras. Igual sucede con otros autores como Raphaël Confiant, Ernest Pépin ó Gisèle Pineau. El eje central de sus obras consiste en contar la grandeza y el orgullo con el que viven los pueblos humildes, sus tradiciones y formas de vida en sus tristes

y olvidados arrabales. Los personajes femeninos abundan y son tan admirados por su fuerza: viven entre el dolor y la alegría, hablan con naturalidad sobre su oscuro pasado, recordando episodios como el de la trata o el esclavismo, al mismo tiempo que no olvidan su presente, para defender su desprestigiada identidad criolla y dejar a un lado esa incomprensible «francesidad» que se les ha otorgado de manera injusta.

En 1986 Patrick Chamoiseau publicó su primera novela, *Chronique des sept misères*, donde cuenta la experiencia colectiva de los *djobeurs*, una especie de ganapanes que se buscan la vida en los mercados de la isla. En esta novela arranca su invención de un nuevo estilo lingüístico, un lenguaje híbrido accesible a los lectores de la metrópoli, que contiene valores socio simbólicos del criollo tales como la provocación y la subversión. Hay una influencia de la tradición oral de los maestros cuentistas y de su particular entonación de los dialectos locales. Una mezcla con la que se consigue un lenguaje envolvente y seductor que Milan Kundera llamó «el francés chamoisisé».

Más tarde apareció su segunda novela titulada *Solibo magnifique*, donde desarrolló los temas de la búsqueda de una identidad martiniquesa a través de las prácticas culturales del pasado. Pero no fue hasta la publicación de su tercera novela, precisamente, *Texaco*, cuando Patrick Chamoiseau irrumpió en el panorama internacional con esta gran epopeya que cuenta los sufrimientos de tres generaciones: primero bajo el esclavismo, después como consecuencia de la primera gran migración hacia la ciudad y, finalmente, en la época actual. Marie-Sophie Laborieux, la más desgraciada, la más soñadora, «montada en la rabia de existir» desgrana la historia de su vida y la de sus antepasados: de la esclavitud a la libertad; la vida en la ciudad, en los campos y en las montañas. En estas narraciones se mezclan los horrores de la vida con las vivencias hermosas, los recuerdos más añorados. En este sentido asegura que «lo terrible del pasado puede ser bello si está poblado por tus seres queridos o tus sueños más estimados». En la novela, contrasta la crudeza de lo contado con la belleza de las formas en las que lo hace. Chamoiseau utiliza una especie de narración oral, en la que las palabras parecen ir más allá de los límites formales del libro para crear una impresión de estar atra-